

## Capítulo II. La cultura de la paz: teoría y realidades

En el primer capítulo del libro se han querido plantear tres grandes problemáticas encontradas en las relaciones del ser humano que hemos denominado como crisis de la humanidad, las cuales se han interpretado como una sintomatología de carencia de paz. A su vez dicho fenómeno podría plantear la necesidad de hacer transformaciones socioculturales como una posible respuesta a este problema global de la humanidad.

Se ha dejado entrever en estos apartados que el saber en torno a la cultura de la paz, posibilita de una manera clara dichos cambios sociales y podría garantizar una paz sostenible y duradera en el planeta. Sin embargo, este trasegar en la cultura de paz, no es un camino fácil y amerita el análisis de grandes desafíos en cada nación en particular. Es por ello que en algunos subcapítulos anteriormente desarrollados, se ha querido contextualizar dicho tema en escenarios colombianos, donde se pretende analizar tres grandes desafíos que tiene este país en torno a

la paz. Los dos primeros desafíos dan cuenta del fenómeno de la violencia en Colombia, para ello se ha hecho un análisis psicosocial del fenómeno con el ánimo de entender cómo se han aprendido y perpetuado los comportamientos agresivos en los escenarios de vida, de los y las ciudadanos que viven en un país como Colombia. De los dos anteriores desafíos analizados, queda clara la importancia de considerar el tercer desafío planteado en torno a la apremiante necesidad de legitimar y favorecer la cultura de paz en este país.

No obstante, a pesar de que en los subcapítulos anteriormente analizados se haya estimado la importancia de empoderar la cultura de la paz como un medio para deslegitimar la violencia, se hace necesario clarificar qué se entiende por cultura de paz y cuál de las diferentes perspectivas de paz se pretenden desarrollar a lo largo del libro, asimismo, apremia exponer en cuáles escenarios se intenta hacer los aportes en torno a cultura de la paz en Colombia.

## ***Conceptualización de la categoría de Cultura y su relación con la paz***

Hablar de una *cultura para la paz* tiene su grado de dificultad, pues es necesario primero definir en qué marco de referencia se sitúa el concepto de cultura y a partir de esto, proceder a desarrollar qué se entiende por paz y consecutivamente, contextualizar la teoría de la cultura de paz en un país determinado.

Una de las definiciones antropológicas sobre cultura que aún se sigue retomando en las investigaciones científicas sobre el tema, es la escrita en 1871 por Edward Tylor. Según este autor, la cultura o civilización comprende un complejo de conocimientos, creencias, pensamientos, actitudes morales, normas jurídicas, costumbres, aptitudes y hábitos que el hombre aprende como parte de una sociedad (Tylor, 1871, p. 1).

En 1982, la UNESCO, en la Declaración de México<sup>6</sup> profundiza el concepto de cultura anotando que en ella los seres humanos se hacen específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. En este contexto, el ser humano se expresa, toma consciencia de sí mismo, es reconocido como un ser inacabado, busca nuevas significaciones en el mundo y la cultura le brinda la capacidad de trascenderlo.

Otra definición de este término que conecta con el concepto de lo humano, es la ofrecida por Edgar Morin (2007), que la describe como cultura de las humanidades, afirmando que hay que valorar la palabra 'cultura' en su sentido antropológico, como aquella que proporciona los conocimientos, los valores y símbolos que orientan y guían las vidas humanas. La cultura de las humanidades debe convertirse en una preparación para la vida y es una responsabilidad que todos los seres humanos tienen (Morín, 2007, p. 60). Como bien se puede deducir, la cultura es una construcción humana que se sustenta en las concepciones y vivencias que se tienen de sí mismo y que se proyectan a los otros a través de experiencias cotidianas con el mundo o la sociedad en general, de los cuales constantemente se recibe información que permite transformar y/o ratificar diversas concepciones sobre la vida.

Esta conexión con el mundo se logra gracias a la capacidad de comunicación que el ser humano ejercita a través del lenguaje. Francisco Jiménez (2004) plantea que la cultura es lenguaje, y puesto que el lenguaje organiza, estructura, favorece la comunicación, la formación y la transmisión de nuestras ideas, es de gran importancia observar cómo cada lengua ha plasmado en el vocabulario y otras estructuras lingüísticas más complejas, sus peculiares elaboraciones sobre conceptos como paz, violencia, racismo, xenofobia, marginación, etc. (Jiménez Bautista, 2004, pp. 25-26; 2008, p. 174).

---

6 Retomado de la "Declaración de México sobre las políticas culturales". Conferencia mundial realizada sobre las políticas culturales en México D. F., el 6 de agosto de 1982. Ver documento en Internet en: <http://googl/8dxWOP>

Asimismo, el lenguaje facilita el contacto con el otro y sirve de instrumento de reflexión para ir edificando constantemente el mundo interior, a la vez que brinda insumos que permiten asimilar y entender la sociedad en que se vive. Como lo expresa Eisler, investigador sobre el tema de cultura de paz, en este trabajo conjunto se crean culturas que sirven de soporte para elevar las potencialidades humanas (Eisler y Miller, 2004, p. 36), ya que en tales culturas el sujeto desarrolla su identidad como persona y como ser social, lo cual contribuye tanto a su autorreconocimiento como al de los demás. Sin embargo, el filósofo colombiano Oscar Mejía, plantea que en ello pueden percibirse ambientes de tensión: “la identidad construye discursos y acciones; es un proceso inacabado discontinuo que se teje en la historia dentro de un marco estructural, caracterizado por permanentes luchas de fuerzas que articulan toda una red de relaciones incluyentes y excluyentes” (Mejía Quintana y Castro, 2009, p. 116).

De esta forma, el ser humano va asumiendo una identidad en la sociedad mediante la construcción de sus concepciones de vida, motivaciones, necesidades, cogniciones y prácticas culturales cotidianas; va dinamizando y cambiando los constructos mentales que le servirán como base para su identificación y diferenciación en determinada cultura. Podría pensarse que el ser humano siempre estará abierto a estos cambios culturales, tanto positivos como negativos, los que a su turno se convertirán en un punto de referencia a lo largo de la existencia para reflexionar acerca de su mundo interior. Este proceso de ir y venir del mundo interior al mundo social sirve para asumir una consciencia del mundo. De manera más clara, Paulo Freire (2005b) plantea, sobre la conciencia del mundo que:

El mundo y la conciencia, juntos, se constituyen dialécticamente en un mismo movimiento, en una misma historia [...]. La conciencia emerge del mundo vivido, lo objetiva, lo problematiza, lo comprende como proyecto humano [...] Todos juntos, en círculo, y en colaboración reelaboran el mundo (Freire, 2005b, pp. 21-22).

Estos planteamientos han servido a numerosos psicólogos sociales, entre ellos Albert Bandura (1977; 1973) y a antropólogos como Douglas Fry (2006, pp. 57-70), para desarrollar las teorías del aprendizaje social y las conductas del modelamiento. Dicha teoría explica cómo desde la infancia, el ser humano imita de forma inconsciente comportamientos, actitudes, creencias y formas de pensar de los otros, que cumplen posteriormente, el rol de modelos en sus vidas. Esta introyección de elementos culturales podría estar explicando, en parte, el fenómeno de la cultura de paz o de violencia que se presenta en una sociedad determinada:

[...] Las culturas son tradiciones y costumbres, transmitidas mediante aprendizaje, donde se desarrollan las creencias y los comportamientos de los seres humanos expuestos en ellas. La cultura es el elemento estructurante a la hora de enfrentarse a las formas de violencia futuras, a través de construcciones mentales (Jiménez Bautista, 2004, p. 25).

Es así como los procesos cognitivos se aprenden en cada contexto donde se vive y estos aprendizajes mentales serán la guía de los comportamientos humanos. Como lo plantea la psicología cognitiva, los actos son guiados por lo que piensa el individuo (Sánchez Cardona, 2009a, pp. 513-544; 2009b, pp. 155-177). Para estos teóricos el pensamiento ya es una conducta a la que se denominar encubierta, la cual se formará y expresará de diferentes formas, de acuerdo a la cultura en que se viva.

Sin embargo, para pensadores como José Tuvilla (2004a; 2004b), la paz debe tener su epicentro en la cultura; además de estar presente en la mente humana, la paz requiere compromisos prácticos que lleven a transformar estructuras y realidades. Por otra parte, menciona el sociólogo noruego Johan Galtung, que la paz entendida como la capacidad de manejar los conflictos, debe ser abordada desde dos ámbitos: la política de la democracia y la política de la *noviolencia* (Galtung, 1985). Pero estas perspectivas sociopolíticas deben saberse aplicar cuidadosamente a todas las culturas, dado que no existe una sola cultura.

La tesis del filósofo español Vicent Martínez Guzmán, sostiene que la cultura entendida en un sentido etimológico es el cultivo, es la manera peculiar que los seres humanos poseen para cultivar las relaciones entre ellos mismos y con la naturaleza en general (Martínez Guzmán, 2003a, pp. 55-57). Se entiende que no existe una única cultura (Martínez Guzmán, 1999, p. 87), es decir, una sola forma de cultivar las relaciones con los otros y con la naturaleza. Existen muchas culturas y muchas formas de cultivar nuestras relaciones, lo que producirá finalmente una diversidad en la *cultura de la paz* (Comins Mingol, 2009, p. 15).

En términos generales, el ser humano siempre está construyendo su mundo interior, identidad y concepciones de vida a través de las reflexiones que hace en determinadas culturas que son a su vez pluralistas. De esta forma va elaborando los significados frente a temas de la paz y/o violencia que posteriormente comunicará a los otros a través del lenguaje. El esquema de pensamiento que se desarrolla en cada experiencia de paz y/o violencia será la guía para dirigir su comportamiento y aportar con sus actos a la construcción de nuevas culturas pacíficas o violentas (Sánchez Cardona, 2007, p. 72). Si se siguiera la tesis de Morín (2007), él lo expresaría de la siguiente forma:

Nosotros alimentamos por nuestras creencias o nuestra fe los mitos o ideas que salen de nuestros espíritus, y estos mitos e ideas toman consistencia y poder. No solo somos poseedores de ideas sino que también estamos poseídos por ellas. Capaces de morir o matar por una idea (Morín, 2007, p. 67).

Podría pensarse que cada individuo lleva una fracción de cultura en su interior y la cultura es la organización social donde se integran cada una de estas fracciones individuales; por ello, no debería existir la división entre yo y cultura, porque en última instancia es la misma dimensión y, esta relación, crea a la vez la interdependencia con la cultura o con los otros. La pedagoga e investigadora del tema la ciudadanía mundial Martha Jalali, plantea que como seres humanos dependemos de otros por un lazo

de unidad que tenemos al compartir nuestra humanidad o libertad (Jalali Rabbani, 2001, p. 30). Por otro lado, Morín recomienda tener fundamentos reflexivos que sirvan para guiar el pensamiento que conecte y no que aisle. Uno de ellos lo describe como el principio *holográfico*, siendo este el que “pone en evidencia la aparente paradoja de las organizaciones complejas, donde no solo la parte se encuentra en el todo sino donde el todo está inscrito en la parte” (Morín, 2007, pp. 123-124). Hasta aquí queda claro que todo individuo está unido con determinada cultura a través de sus aprendizajes y vivencias; de igual forma, por medio de estos vínculos se desarrollan los principios de identidad, interdependencia y consciencia del mundo. En esta misma experiencia con los otros se tejen concepciones de paz o violencia que posteriormente guiarán los comportamientos humanos en sociedad.

### ***Definiciones de paz y sus implicaciones en el compromiso con la paz***

Con este marco de referencia es necesario hacer algunas aproximaciones teóricas que nos permitan comprender mejor la concepción de paz y sus pretensiones filosóficas en el contexto de la cultura propiamente dicha. Cada persona desde el rol que cumple en el mundo, tiene una conexión con el fenómeno de la paz, ya sea visto como un sueño, una necesidad apremiante o una fuerza interior que lleva a solidarizarse con quienes no la han sentido frecuentemente. Hacer acercamientos al término de paz en diferentes escenarios, a saber, personales, familiares y académicos es trascendental, ya que dependiendo de la visión que se tenga de la paz, será el compromiso y la acción como individuos en la búsqueda de estas opciones de vida, las cuales serán una forma de contribuir a la sociedad, que todos queremos tener (Sánchez Cardona, 2009c, pp. 113-141).

Aunque muchos piensan que la paz es un sueño difícil de alcanzar o una utopía, la realidad es que la paz es anhelada por todos y este hecho es el motor que impulsa a la transformación del mundo. Si bien existen muchas significaciones de paz, algunas tergiversadas y otras románticas, todas se entrelazan al pensar en aquello que no es paz. Por lo tanto, se puede afirmar que la paz no solo es posible, sino que es necesaria y vital para la sociedad, y se puede construir desde diferentes rutas y ritmos (Fisas, 2002, p. 17).

Podría pensarse que la paz se puede concebir en distintos niveles: personal, a través del cambio de actitudes; social, por un perfil de colectividad; político-jurídico por medio de la sensibilización de los Estados en el ámbito internacional (Burguet Arfelis, 1999, pp. 14-15). El filósofo italiano Norberto Bobbio plantea como una necesidad urgente, fundamentar la paz en una pedagogía que trabaje el esfuerzo, donde los resultados no se dan a corto plazo y se amerita el compromiso de cada ser humano (Bobbio, 1966, p. 49). Puesto que la paz es algo que se debe asumir con una voluntad dinámica, todo el mundo puede pensar en ella y aportar en su construcción.

Continuamente se maneja un concepto errado de paz, identificándola con ausencia de conflicto, aunque el conflicto esté siempre presente en la realidad (Jares, 2001, p. 18). Si bien el conflicto es un proceso natural, motor de la transformación y creación de las relaciones humanas, una concepción errónea de paz, vista como ausencia de conflicto, ha llevado a confundir el conflicto con violencia; por ello, para alcanzar una paz donde la justicia, la armonía y el amor entre los seres humanos predominen, se requiere de la diferenciación clara entre guerra y paz (Montessori, 2003, p. 23). Algunas confusiones aparecen hasta en textos básicos del idioma español, por ejemplo, el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* define el término paz como “situación y relación mutua de los que no están en guerra o sosiego y buena correspondencia de unos con otros, en contraposición a disensiones, riñas y pleitos” (Tuvilla Rayo, 2004a, p. 27).

Se puede deducir que no es fácil definir lo que es la paz, ya que al profundizar en este tema, la definición se torna compleja (Jiménez Bautista, 2004, pp. 25-26). Sin embargo, a pesar de su dificultad, se han desarrollado grandes avances teóricos al respecto tales como la introducción de elementos de *paz positiva*, *paz negativa*, *paz imperfecta*, entre otros (Tuvilla Rayo, 2004a; Galtung, 2003; Hicks, 1988; Muñoz y López, 2004). Por ejemplo, Tuvilla plantea que la paz ha seguido un proceso donde los esfuerzos por constituir y consolidarla han sido innumerables; a través de este trasegar las sociedades han ido transformando y evolucionando hacia nuevos conceptos y formas (Tuvilla Rayo, 2004a, pp. 32-36, 40-41). A continuación, se intentará hacer una ligera ampliación de algunas teorías que han desarrollado el concepto de paz.

### La paz negativa y la paz positiva

Dentro de las investigaciones en torno al concepto de paz se pueden diferenciar tres tendencias: la minimalista, que partiendo de una concepción negativa de paz, la concibe como ausencia de guerra internacional, desconociendo los conflictos que emergen dentro de los Estados y los intereses intrínsecos a la guerra (socioeconómicos, políticos o militares); la intermedia, que asocia la paz con ausencia de guerra y de un sistema de amenazas, es decir, concibe la paz desde la desaparición de la violencia organizada, ya sea nacional o internacionalmente, sin tener en cuenta las estructuras sociales y culturales como elementos importantes en la gestación de la paz; y por último, la tendencia crítica, que asume la paz como ausencia de todo tipo de violencia (real, directa, indirecta, estructural, cultural), siendo la violencia un conjunto de fenómenos que afectan el desarrollo pleno del individuo, que se ve frustrado en la satisfacción de sus necesidades básicas (Tuvilla Rayo, 2004a, p. 28). En esta última aproximación se encuentran ya desde 1968, autores tales como el sociólogo noruego Johan Galtung, que ha venido investigando el fenómeno de la paz y haciendo valiosas distinciones entre la *paz negativa* y la *paz positiva*:

Two concepts of peace should be distinguished: negative peace defined as the absence of organised violence between such major groups as nations, but also between racial and ethnic groups because of the magnitude that can be reached by internal wars, and positive peace, defined as patterns of cooperation and integration between major human groups (Roach, 1993, p. 2).

Cronológicamente el concepto de paz negativa expresada más claramente como ausencia de conflictos armados y de guerra entre Estados, es generalmente la primera idea de paz que viene a la mente y ha sido el centro de estudio del pacifismo por mucho tiempo (Jiménez Bautista, 2004, pp. 25-26).

En la década de 1950 el campo de investigación sobre la paz también emergió en las universidades. Si bien tuvo un pequeño impacto directo en los maestros y maestras, algunos de los temas clave identificados se volvieron extremadamente relevantes para ser trabajados en las escuelas. El énfasis inicial en la investigación sobre la paz se colocó más en términos de violencia personal directa. El resultado fue que la paz acabó siendo definida negativamente como mera ausencia de guerra (Hicks, 1988, p. 6).

En lugar de ser entendida como ausencia de guerra, hoy la paz se toma como un concepto que involucra la cooperación, esto es, formas de crear estructuras más equitativas y más justas en la sociedad a través de un cambio social no violento. Es así como las investigaciones en el tema han venido elaborando cada vez más el concepto de paz a través de las experiencias y realidades que se ven en el mundo, a lo cual ha contribuido la reflexión desde diferentes áreas del conocimiento como la filosofía, la pedagogía, la psicología, la historia, entre otras.

Aunque el término justicia global, tal como es usado por los maestros(as) en sus clases, no es tan preciso como lo es el término Paz positiva, en verdad, resulta apropiado debido a que la justicia, en el sentido del pleno disfrute de todo el espectro de derechos humanos por todos los individuos, es lo que constituye Paz positiva (Hicks, 1988, p. 6).

La *paz positiva* exige la reducción y eliminación de la violencia estructural que puede derivarse de las instituciones sociales y económicas, y que conduce al deterioro de la dignidad del ser humano y de su bienestar en general. Cabe destacar que si se quiere recalcar sobre los indicadores de las condiciones de justicia y equidad que conciernan a la *paz positiva*, basta consultar la Declaración Universal de los Derechos Humanos y hacer un inventario de los factores que menoscaban la libertad humana e impiden la satisfacción de las necesidades de seguridad. Como bien lo expresa Johan Galtung, la paz es la antítesis de la explotación, de la marginalización y de la opresión (Galtung, 1996, p. 31); igualmente, simboliza el disfrute de justicia tanto económica como social, de igualdad y de todo el espectro de derechos humanos y libertades fundamentales (Reardon, 1993, p. 4; Tuvilla Rayo, 2004a, p. 13; Jiménez Bautista, 2004, pp. 25-26).



De la misma forma, esto significa un conjunto de relaciones entre los individuos y las naciones basadas en la confianza, cooperación y reconocimiento de la interdependencia e importancia del bien común y del mutuo interés de todas las personas. Gran parte de la violencia que aflige a la sociedad humana proviene de la ausencia de equidad, de la pobreza, la injusticia y de las desigualdades sociales que constituyen las más graves violaciones a los derechos humanos y suelen ser la raíz de las tensiones, desconfianzas internacionales y, finalmente, los conflictos armados. Luchar por la paz exige la implementación de objetivos y estrategias de desarrollo social que se basen en la satisfacción de las necesidades humanas y la supervivencia del planeta (Reardon, 1993, p. 5).

La paz, como una red de relaciones humanas basadas en la equidad, la mutualidad y el valor inherente de todas las personas, podría interpretarse como la manifestación de la justicia global. Este concepto de paz parece ser el más característico de las aproximaciones multiculturales a la *educación para la paz*, que buscan desarrollar la apreciación de las diferencias culturales y el reconocimiento de la dignidad humana como el fundamento esencial de las relaciones humanas en todos los niveles: interpersonal, social, y estructural.

La Paz positiva es un concepto globalizador en el que se integran otros como: el desarrollo humano en armonía con el medioambiente; la defensa, promoción y desarrollo de los derechos humanos; la democracia participativa; la cultura de la Paz como sustitución de la cultura de la violencia; y la perspectiva de la seguridad humana basada en una ética global (Tuvilla Rayo, 2004a, p. 109).

La investigadora del tema *educación para la paz*, Betty Reardon, afirma que la paz es un ambiente social que favorece el desarrollo de la persona humana. Tal ambiente se caracteriza desde lo local hasta lo global, por la tolerancia, el respeto mutuo y serios empeños para entender las diferencias y construir comunidad y confianza, con el fin de que los conflictos puedan resolverse sin recurrir a la violencia (Reardon, 1993, p. 6).

En resumen, la paz positiva implica la relación en armonía entre el ser humano consigo mismo (paz interior), con los otros (paz social), y con el entorno (paz ecológica) en todos los ámbitos: personal, familiar, escolar, social, nacional, e internacional (Tuvilla Rayo, 2004a, p. 110).

### La paz imperfecta

El término de *paz imperfecta* fue introducido por Francisco Muñoz, profesor de la Universidad de Granada, en los siguientes términos:

Paces absolutas y perfectas, sino más bien de actos regulativos, transformadores y cotidianos de los conflictos. Son más bien, formas de Paz imperfecta, porque no es una Paz total, ni está absolutamente presente en todos los espacios



sociales, sino que convive con la violencia interpretando y tratando de regular el conflicto por la vía pacífica (Muñoz y López, 2004, p. 51).

Autores como Martínez Guzmán (2005), Tuvilla Rayo (2004a) y Jiménez Bautista (2004), han coincidido con el concepto de paz imperfecta planteado por Muñoz y, de igual forma, han hecho sus apreciaciones teóricas al respecto. Existen diversas formas de hacer las paces y, para conocerlas y comprenderlas, se debe empezar por eliminar los errados conceptos de paz como sinónimo de perfección, o paz absoluta y acabada, para llegar a una comprensión mucho más abierta donde la paz es imperfecta y se da en momentos, se rehace continuamente y está en constante evolución (Martínez Guzmán, 2005, pp. 143-144); no es lineal ni unidimensional, no es un estado ideal a alcanzar, sino un proceso a través del cual, se piensan y afrontan las violencias: es una construcción social diaria (Tuvilla Rayo, 2004a, p. 30). Esta concepción de paz ha contribuido a motivar a muchos investigadores a continuar trabajando por la construcción de sociedades pacíficas, a pesar de que se sigan presentando en muchas ocasiones situaciones de violencia. De una manera muy especial en los espacios educativos en Colombia donde se ha planteado este concepto, se ha observado que ha ayudado a un grupo de maestros y maestras a que no pierdan el ánimo de desarrollar sus metodologías de paz, aun cuando los resultados en las aulas sean parciales.

### La paz neutra

Es concebida como ausencia de violencia cultural y/o simbólica. También es pensada como un equilibrio dinámico de factores sociales (económicos, políticos y culturales) y tecnológicos, ya que la guerra emerge como un desequilibrio de uno o varios de estos factores (Jiménez Bautista, 2004, pp. 25-26; Tuvilla Rayo, 2004a, pp. 32-36, 40-41). De la misma manera, *la paz neutra* se concibe como el complemento de la paz positiva y la paz negativa, lo que da como resultado una cultura de paz. La neutralidad es entendida en este contexto como una habilidad de comunicación activa e indispensable de los seres humanos, necesaria para lograr la neutralización de los espacios de violencia cultural que surgen en la sociedad (Jiménez Bautista, 2008, pp. 172-173; 2009, pp. 141-190). El aporte de este concepto ha sido valioso para la *cultura de paz*, en cuanto se integra la responsabilidad de los medios de comunicación masivos en la información que se brinda a toda una comunidad frente al manejo de los conflictos en un país determinado, no obstante, se encuentran algunas dificultades para practicar dicha neutralidad en los procesos de comunicación de la vida cotidiana donde la emocionalidad juega un papel importante a la hora de expresar lo que se siente.

### La paz personal: desarrollo en la cotidianidad

Ya desde 1973 el filósofo Jiddu Krishnamurti, que dedicó su vida a la comprensión del ser humano de una manera integral y a la búsqueda del significado de la vida,

hacia sus aportes sobre la paz interior cuando decía que los problemas del mundo son conflictos personales aumentados. Esta forma de pensar está llamando la atención sobre una definición de *paz personal* que trae consigo un compromiso con la paz universal o de la humanidad en general. Plantea que su propuesta no se limita a una religión o creencia, sino que va dirigida a todas las personas que deseen cambiar a través de procesos interiores: solo por medio de la iluminación y la purificación, se llega a la libertad y respeto del otro (Krishnamurti, 1973, p. 34).

La *paz personal*, entendida como el deseo de mantener la armonía interior, acepta la existencia de los conflictos. Esto también lo afirma Ignacio Larrañaga, sacerdote español franciscano, en su libro sobre la vida de San Francisco de Asís. Plantea que la vida es lucha y que en ella surge el conflicto, pero no se debe tener miedo porque el conflicto es inevitable y lo más importante es la reconciliación (Larrañaga, 2007, p. 331). El desarrollo de este concepto implica un llamado a tomar conciencia de la paz a partir del espacio interior de cada individuo y se visualiza como una luz que brilla no de afuera hacia adentro, sino de adentro hacia fuera, pues se considera que cada uno tiene una luz interior que está llamado a avivarla a través de sus actos. Ante los sufrimientos de otro, dicha luz interior puede ser compartida y encendida cada vez más.

El escritor indio Deepak Chopra argumenta que cuando cada persona cambie la forma de concebir la paz, ese día terminará la guerra para cada quien. A pesar de que la transformación deba darse individualmente, aquella resulta eficiente y tiene un fuerte eco “[...] si nuestra conciencia sigue estas palabras y permanecemos fieles a ellas, la guerra nunca volverá a la vida del individuo” (Chopra, 2005, p. 8). Continúa el autor afirmando que si se escoge este camino de la paz, se experimentará libertad y fuerza en las emociones, porque la potencia secreta de la paz es un estado de conciencia inmaterial que puede expandirse a la humanidad, sin la necesidad de invadir a otros países, ni apoderarse de sus riquezas (Chopra, 2005, pp. 9-14). Los seres humanos deben organizarse para alcanzar la paz superando las barreras de la individualidad y desarrollando la vida espiritual, para así reestructurar la sociedad sobre la base de un ser renovado (Montessori, 2003, p. 11).

Esta concepción de paz ha recibido críticas de algunas personas que consideran que dicha teoría defiende una visión individualista y con poca proyección en la realidad social y, por lo tanto, no tiene mucha incidencia en los cambios estructurales que se requieren, convirtiéndose en una mera filosofía de vida seguida por muy pocos, que a la postre no tendría gran eco en una sociedad compleja y con altos niveles de violencia.

Sobre este tema aparecen reflexiones como la de Muñoz (2004a; 2004b), que recalca que es necesario que la *paz interior* se expanda hacia otros escenarios, anotando que la paz no debe cumplirse solo a pequeña escala, es decir, a nivel individual, familiar y grupal, sino que el compromiso debe favorecer la convivencia y el bienestar de todos los miembros de la comunidad humana, tanto en los pueblos

como en las ciudades y Estados (Muñoz, 2004a, p. 25). El desarrollo interior de la persona conlleva la consecución de una libertad individual acompañada de relaciones sociales equilibradas (Asociación Pro - Derechos Humanos, 2000, pp. 17-18).

La paz se concibe como una cultura en construcción que debe ser propiciada en las acciones y relaciones de los seres humanos con los demás, de manera general y cotidiana y a través de múltiples determinaciones (Mejía Jiménez, 2002, pp. 25-50). Está al alcance de todos los seres humanos y constituye una capacidad que cualquier persona puede desarrollar en su vida diaria, en cualquier escenario o contexto, donde la escuela para la paz es la vida misma (Fisas, 2002, p. 64).

En síntesis, no existe una definición universal de la paz: aquella ha evolucionado a través del tiempo. Los conceptos y las experiencias revelan que la paz no es simplemente la antítesis de la guerra. Los activistas de la paz coinciden, sin embargo, en que la reducción y eliminación de la guerra es una meta que nunca debe abandonarse. Al mismo tiempo, proponen que se debe luchar por la destrucción de las armas nucleares en el planeta, ya que estas atacan de manera directa, contra la paz justa, duradera y equitativa. De igual forma, podría entenderse la paz como lo expresa Fisas (2002): es un horizonte lejano, pero no infinito. Al respecto, el pensador indio Mahatma Gandhi (1869 -1948), acertaba al decir que la paz es un camino, no un punto de llegada que quizás no existe. Por lo tanto, la paz es un sendero, un compromiso de todos y de cada uno para transformar y dignificar la vida (Fisas, 2002, pp. 17-18).

A pesar de las diferentes perspectivas sobre la paz, se desea hacer claridad que la presente investigación asumirá como eje esencial el concepto de *paz personal*, centrado en las relaciones cotidianas que cada individuo construye, tesis desarrollada igualmente por Francisco Muñoz (2004a), ya que en esta área es donde se quiere aportar de forma precisa al tema de la paz. Al asumir dicha posición, en esta línea de investigación no se pretende desconocer la contribución de otras teorías al concepto de la paz, ya que para progresar en su contenido, se requiere avanzar en el reconocimiento y aporte de otras perspectivas, como fuentes que permiten una comprensión más completa de los obstáculos existentes en la realización de la tan anhelada paz en el planeta.

De igual forma, la presente investigación está en concordancia con las tesis de Martínez Guzmán (2005) y Tuvilla Rayo (2004a; 2004b) que plantean que para hacer las paces se debe partir de la confianza en las capacidades humanas para expresar la paz en las experiencias cotidianas, reconociendo de igual manera “[...] las historias de las paces imperfectas, y manteniendo un diálogo orientado a la construcción de formas de reconciliación” (Martínez Guzmán, 2005, p. 69). La convivencia pacífica es una realidad que se construye diariamente, en la cotidianeidad, con aciertos y desaciertos, con ensayos y nuevos comienzos, donde la ciencia, la cultura y la educación juegan un papel trascendental.

Dichas aproximaciones a las concepciones de paz tienen en su esencia la búsqueda de una construcción de *cultura de paz* en la que el poder de convivir y

participar con bases de libertad, justicia, democracia, tolerancia y solidaridad, ayuden a erradicar la violencia y a construir formas creativas para afrontar el conflicto (Tuvilla Rayo, 2004a, p. 57). En conclusión, el panorama actual de la concepción de la paz se podría definir desde una visión positiva y futurista, ya que implica tanto el desarrollo personal, como social del individuo y no solamente una negación de la violencia. La paz incluye la defensa de las potencialidades de toda persona como ser vivo y creativo (Burguet Arfelis, 1999, p. 14) y una verdadera *cultura de la paz* indudablemente favorecerá el desarrollo de las mismas.

### ***Aproximaciones teóricas a la cultura de paz***

En los anteriores apartados se han expuesto de manera separada, distintas aproximaciones teóricas al fenómeno de la cultura, donde el individuo es actor principal. De igual forma, se han desarrollado diferentes conceptos de paz. Ahora se intentará conectar estos dos elementos de manera más directa con las definiciones sobre *cultura de la paz*. Antes de iniciar este apartado se desea enfatizar que la cultura de paz es vista como un proceso que exige de la participación universal desde la investigación y la práctica, por lo tanto, no es un proceso que debe dejarse solo en manos de los políticos, líderes sociales o colegios. Ya desde 1995 la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) ha hecho un pronunciamiento frente al tema, que enfatiza en la importancia de atacar las raíces de los conflictos sociales como un medio para facilitar la cultura de paz, entendida no como mera ausencia de guerra, sino como un compromiso y una práctica de todos, cuyo objetivo es construir una sociedad justa, equitativa, solidaria y pluralista, a través de la implementación eficaz de reformas sociales (Unesco, 1995, p. 8).

Vicent Fisas plantea que para pasar de una cultura de la violencia a una *cultura de paz*, se hace necesario entender, en primer lugar, que la violencia es un ejercicio de poder que excluye otras formas de afrontar los conflictos, por lo que se requiere de un conjunto de estrategias alternativas que permitan sustituir el poder ciego por un tipo de autoridad que evoque respeto y se asocie al amor, la vida y la gratitud. A través de esta vía se llega a una negociación colaborativa y a una mediación razonable, que sirven de pilares fundamentales de la cultura de paz (Fisas, 2002, pp. 63-64).

Investigadores como Jares hacen sus aportes al respecto enfatizando en el deber que cada ciudadano tiene en la búsqueda de soluciones a los conflictos existentes en cada nación. Estos planteamientos empoderan a los individuos en la consecución de la paz y no dejan el compromiso solo a los actores políticos, al tiempo que expresan cómo la cultura de paz se asienta en el debate, en la crítica, en el diálogo y en la libertad de expresión. En esta dirección se debe recuperar, para muchos ciudadanos, el valor del compromiso y la solidaridad frente a la cultura de la indiferencia y el menosprecio. Estos cimientos tienen el valor de posibilitar a cada uno la capacidad de aprender a compartir, cooperar, ser solidario y feliz (Jares, 2003, p. 100). Este mismo

enfoque es compartido por Tuvilla Rayo, quien afirma que para construir paz es necesario trabajar en el respeto de los derechos humanos y en el fortalecimiento de la democracia y la sociedad civil (Tuvilla Rayo, 2004a, p. 33). Asimismo, la *cultura de la paz* está basada en el reconocimiento de cada ser humano con principios de igualdad, justicia y equidad, donde haya espacio para la expresión de sentimientos de ternura entre los pueblos (Jares, 2001, pp. 119-123).

La paz se podrá alcanzar en el esfuerzo mancomunado de la sociedad, empezando con un esfuerzo inmediato por transformar los conflictos sin la violencia, evitando la guerra a como dé lugar, seguido de un esfuerzo a largo plazo por instaurar una paz duradera. Es aquí donde la política tendría que actuar en la prevención de la violencia durante el manejo de los conflictos, asimismo el Estado, por medio de las constituciones políticas, debería concebir la paz como un valor universal que sirva para construir la armonía social donde prevalezca el respeto por cada individuo en particular.

Para que el anterior pensamiento se vuelva realidad, se necesita del papel de la educación, la cual aportaría metodologías plausibles para instaurar y legitimar la paz en la humanidad (Montessori, 2003, p. 49, 62; Manjarrés y Molano, 2001, p. 30). En suma, la *cultura de la paz* debe tener como faro que guíe el camino un pensamiento según el cual la paz, en términos globales, debe rechazar la guerra, todas las clases de violencia, y no debe aceptar la desigualdad, la marginación, la inequidad y la injusticia social (Jares, 2001, p. 122).

Vale la pena anotar que las concepciones de *cultura de paz* que se retoman en este apartado tienen cierta conexión teórica con el concepto de *paz personal* anteriormente mencionado e incluso, aparecen tesis comunes de algunos autores que coinciden en que la cultura de paz se realiza en la cotidianidad y constituye un mandato objetivo para cada ser humano (Martínez Guzmán, 2005; Comins Mingol, 2009; Jalali Rabbani, 2001; Tuvilla Rayo, 2004a; 2004b).

Al concebir la *cultura de la paz* como un “proceso que se edifica cada día en la solución pacífica de los conflictos, en la práctica de la tolerancia, y en la dinámica de los procesos de concertación y reconciliación” (Manjarrés y Molano, 2001, p. 30), se explica que desde sus orígenes, aquella se asume en permanente cambio, con fundamentos claros y definidos a partir de la experiencia de la vida cotidiana. Es así como la *cultura de la paz* es entendida como el conjunto de valores, actitudes, tradiciones, comportamientos y estilos de vida que, basado en los derechos humanos, propende por relaciones creativas que aporten a la armonía del ser humano consigo mismo, con los demás y con la naturaleza (Tuvilla Rayo, 2004a, p. 11).

A modo de resumen se quiere formular que la *cultura de la paz* pretende, en última instancia, regir las actuaciones sociales de los sujetos, orientándolos hacia la construcción de una sociedad más justa, solidaria y pluralista, con el propósito de eliminar las raíces de la violencia a través de estrategias de paz. En particular, Colombia necesita el compromiso de todos y cada uno, con el ánimo de implementar metodologías

centradas en la *educación para la paz*, que logren jalonar una paz duradera y sostenible en la sociedad en general y que, al mismo tiempo, sirvan para contrarrestar los grandes y graves efectos de la violencia estructural que se vive en el país.

El hombre tiene, pues, que aprender a ser humano. No nacemos hombre, nos hacemos. La cultura con sus moldes/patrones de conocimientos, creencias, actitudes, conductas se transmite a través de las instituciones sociales conformando el sistema nervioso y endocrino del individuo, por procesos de socialización y, por tanto, de aprendizaje, constituyéndose patrones muy complejos que se asumen de forma relativamente diferenciada por personas y grupos, pero el mecanismo es invariablemente el mismo: la asimilación como internalización de valores, actitudes, habilidades, creencias, normas, conductas y estilos de vida que constituyen lo adquirido (Fernández Herrería y Carmona Orantes, 2009, p. 52).

El fenómeno de la cultura es un constructo social, mental y afectivo que se desarrolla y se aprende a lo largo de la vida del ser humano, a través de las experiencias y vivencias cotidianas que se tienen con el mundo; por consiguiente, dichos fenómenos son dinámicos, flexibles y siempre susceptibles al cambio. Las elaboraciones teóricas que el individuo haga acerca de la paz son de vital importancia, ya que servirán como guías de comportamiento y de ellas dependerá hasta dónde se quiere llegar con el compromiso de la paz.